

— Me alegro de haberte presentado al señor Amoretti; su participación en el asunto que meditas me tranquiliza un poco. Pero eso no me basta, y exijo, absolutamente, que te sirvas de mí. Tengo buenos pies y buena vista, y no dejaré que te atormenten. ¡Ah, no lo creas! Soy incapaz de levantar la mano contra nadie, pero me enfurezco ante la idea de que puedan causarte el menor daño.

— No te sulfures, que aun no es tiempo. Estate tranquilo; cuando sea preciso obrar, te avisaré. ¿Pero, qué dirá tu Clementina?

— ¡Clementina, — gritó Frégose, — se pondrá más furiosa que yo! Pero no la diré nada, para que me deje maniobrar libremente. Y, ya sabes, yo he sido obrero, y las bregas largas no me amedrentan.

— ¡Ay, compañero! Las bregas largas son lo de menos: lo que temo son las bregas sucias.

Se había detenido delante de su bajo-relieve y cogió los utensilios del trabajo. Después dijo levantando la cabeza:

-- En fin, nadie sabe lo que puede suceder; y estoy satisfecho de haber acabado este grupo.

IX

Como ocurre siempre en todas las comidillas mundanas, las noticias dadas á Hiénard por la señora de Sauvelys, eran erróneas en parte y en parte verdaderas. El apuesto Roger había manifestado, en efecto, su intención de viajar durante todo el invierno por las costas africanas, pero esto no obedecía á que la señora de Diernstein se hubiese negado, en absoluto, á aceptarle en matrimonio. Prédalgonde era más lince de lo que imaginaban los que le creían fraguando una combinación vulgar, y se hubiese sentido humillado si le hubieran dicho que el vulgo le acusaba de un medio de *chantage* tan insignificante. Su plan era más artístico y más bello. Entretanto, cuidaba de su persona, procurando ser superior en todo.

En cuanto regresó á París y desde que empezó la temporada de caza, mientras la duquesa se instalaba en Champchevrier, salió Prédalgonde para Nièvre, donde le esperaba el general Azzaréga, expresidente de la República de Chile, en cuyas posesiones estuvo cazando perdices rojas durante ocho días. De allí tomó el ferrocarril para Hurtebise, en donde estuvo

una semana, instalado en casa de los Roverdière; y, después, volvió á París, hacia el 25 de septiembre. Al llegar encontró una carta muy expresiva de la duquesa, que le rogaba fuese á verla á Champchevrier. Roger accedió á la súplica. Hacía justamente un mes que se habían separado. Prédalgonde no impuso sin motivos aquella penitencia á Elisa. La partida de Hiénard, después de su grave entrevista con la duquesa, tuvo consecuencias serias. La señora de Diernstein, cediendo al primer arrebató de su dolor, cometió la imprudencia de quejarse delante de Prédalgonde, y éste, con su habitual sangre fría, se aprovechó de aquella debilidad de madre para sondear y conocer el estado exacto de su espíritu. Entonces vió lo mucho que la duquesa quería á Juan, y comprendió que entre él y Hiénard se entablaría una lucha que sólo terminaría con la derrota irremediable del hijo ó del amante.

Desde aquel mismo momento empezó Prédalgonde á preparar sus baterías. El procedimiento mejor le pareció el de quejarse dulcemente á la madre herida, á fin de hacer resaltar el contraste entre su bondad acariciadora y la acre rudeza de Juan. Adormeció con sus palabras tiernas la pesadumbre cruel de la duquesa, insistiendo pérfidamente en la brutalidad con que el escultor la había tratado. Estuvo solícito, apasionado, carantoñero; demostró á la pobre Elisa, que estaba deseando dejarse convencer, que él cons-

tituía su porvenir, su esperanza única y que estaba dispuesto á probárselo en cualquier momento de su vida; y ahondó á su gusto el abismo en que Hiénard había arrojado á su madre. Elisa creyó sinceramente que, después de la ruptura ocurrida, todo había concluido entre Juan y ella. Ya no la quedaba más que Prédalgonde, y se aferró á él como una loca. En las horas que siguieron á la crisis, pronunció frases tan comprometedoras como estas.

— ¿Qué sería de mí si tú me abandonases ahora? Lo eres todo para mí. Tu amor me hará olvidar la maldad y la ingratitud. Júrame que el lazo que nos une te parece indisoluble, y que tú y yo seremos para siempre uno solo. Mi vida está unida á la tuya, y dejarme es matarme.

Estas vulgaridades sentimentales que forman la urdimbre de todos los discursos de todos los amantes en los paroxismos de su pasión, fueron corroboradas por suspiros, lágrimas, besos y desmayos, y tuvieron por fin y coronamiento expansiones inolvidables. La señora de Diernstein, después de cometer el error de reñir con su hijo por haber querido separarla de su amante, cometió la locura de aventurarse más aún en el enredo que el astuto Roger procuraba hacer irremediable.

Prédalgonde con una superioridad de juicio que no le faltó ni un momento en todo el transecurso de aquella hábil campaña galante, al mismo tiempo que iba esclavizando los sentidos y la imaginación de su

querida, fingió no estar unido á ella más que por el pasado; y empezó á ponderar su respeto y consideración, cuando dejó de encomiar su amor. Esta conducta superior apreciada en seguida por el fino instinto de la gente de mundo, fué lo que confirmó la opinión de que había un matrimonio concertado entre la señora de Diernstein y el Rey de París.

Invitado á ir á Champchevrier, en donde la duquesa había reunido muchos amigos, Roger se resistía, haciéndose desear. Escribía, pero no iba, alegando numerosos pretextos. Mas lo que se desprendía desde luego de su actitud, era que no tenía mucho afán en estar cerca de la mujer amada.

En esta época, precisamente, ocurrió un hecho insignificante que luego acarreó consecuencias gravísimas. Una mañana que pedaleaba en el Bosque, por una alameda vecina del prado Catelan y que conducía á Madrid, en donde estaba citado con varios amigos para ir á almorzar á Saint-Cloud, se encontró con la encantadora Julieta que iba también en bicicleta, vestida con un traje precioso. Si ella hubiese ido en coche, Roger hubiera saludado simplemente y aumentado la velocidad de su máquina: pero estaba al lado de la joven y Julieta le habló, y no pudo menos de responderla. Además, se hallaban completamente solos.

— ¿Adónde vas, mi hermoso Roger? — preguntó la joven.

— Al campo de carreras de Longchamps. ¿Y tú?

— Al hotel Cycle. Me esperan unos amigos...

— Mala compañía, Julieta.

— ¡ Oh! siempre, ya sabes; esas son las que me gustan.

— ¡ Me hace gracia!

— Tú, tú te has vuelto un hombre *chic*. Me admiro de que me reconozcas...

— ¡ Es fácil reconocerte!

— ¿ En qué?

— En las piernas. No hay muchas así en París.

— Ni fuera de aquí...

Ella se apoyó sobre los pedales, contrayendo sus pantorrillas nerviosas que se modelaban bajo unas medias de seda gris. Arqueó las caderas y su espalda se contrajo con un movimiento voluptuoso. Aceleraron la marcha y Roger experimentó la sensación de que la joven huía de él; y la perseguía vigorosamente, con los ojos fijos en sus caderas salientes y redondas, cuyos movimientos acentuaban los incentivos de la forma. Así rodaron durante algunos minutos hasta llegar á la verja de Madrid. Varios peones camineros cargaban las hojas caídas sobre grandes chirriones que obstruían el camino. Julieta echó pie á tierra, y Roger hizo lo mismo. De pie, con los ojos animados por la carrera y las mejillas coloreadas por el viento, Julieta miró á Prédalgonde y dijo:

— Si tomásemos unos bizcochitos con vino de Oporto...

— ¿Y, por qué no? — repuso Roger.

No se veía alma viviente. Entraron en el *restaurant* y se instalaron en un gabinete, pidiendo Oporto dorado y bizcochos. Allí permanecieron una media hora. Cuando salieron, Julieta estaba despeinada y un poco pálida. Se estrecharon la mano sonriendo, montaron en sus bicicletas y cada cual se fué por su lado. No habían encontrado á nadie. Y, sin embargo, dos días después la señora de Diernstein recibió un anónimo concebido en estos términos: « Mientras usted está en el campo, el apuesto Roger hace de las suyas con una bonita ciclista. Es verdad que ésta no tiene más que veinte años. » La duquesa le envió el terrible billete á Prédalgonde, sin hacer ningún comentario. Al día siguiente el marqués estaba en Champehevrier.

Este fué el origen de la murmuración referida por la señorita Maréchal, y según la cual Roger había sido sorprendido estando con una muchacha. Para un hombre como Prédalgonde, la carta anónima que le denunciaba, no era peligrosa. Cualquiera incidente le servía y todos le ayudaban prodigiosamente. La explicación con la duquesa fué viva, pero redundó en beneficio de él. En cuanto ella le vió en su cuarto y á solas, empezó á quejarse:

— ¿Qué carta es esa que he recibido, y qué hay en ella de cierto?

— Mi querida Elisa, la carta es de esas que merecen cogerse con pinzas para no ensuciarse los dedos, y

cuyas calumnias sólo pueden recordarse como prueba de la envidia que uno inspira. Todo eso es miserable, inmundo, y me sorprende que se ocupe usted de ello.

— Á mí me inquieta todo lo que se refiere á usted.

— Es preciso, no obstante, que tenga usted confianza en mí. Yo no puedo estar siempre á su lado... y si cuando me alejo es usted desgraciada... la vida se hace difícil.....

Y así, en cuatro palabras, con una habilidad extraordinaria, presentaba la cuestión en los términos convenientes para que luego se desprendiese por sí misma la conclusión de que únicamente el matrimonio podía asegurar la dicha de los dos. La duquesa, sin embargo, no quería rendirse sin combate, y se defendía valerosamente.

— ¿Qué le obliga á usted á separarse de mí?

— Pero yo no me separo nunca, querida Elisa. Usted me ha tenido, parte del verano, en Deauville. ¿No está usted tranquila? Allí mismo, viviendo ante sus propios ojos y en el reducido círculo de nuestras amistades, se le metió á usted en la cabeza el dudar de mí. Unas veces era con la señora de Sauvelys, con la señorita Maréchal, ó con la condesa Goldoni, ¿qué sé yo? ¡Con el primer perro vestido, sea cual fuere! Su doncella misma... Y hoy, un maldito encuentro. Vamos, mi hermosa amiga, áteme usted como á su perrillo escocés, ó póngame un cascabel

al cuello, para oirme cada vez que me mueva...

La duquesa le miró tristemente. Las bromas de Roger no aminoraban la tensión de sus nervios. Tenía la seguridad de que no hablaba sinceramente. Muchas veces había dicho lo mismo, y ella le creyó siempre: pero hoy abrigaba la dolorosa sospecha de que mentía. ¿Por qué? Era que en el corazón de la duquesa quedaba el recuerdo de todas las afirmaciones injuriosas que Juan había pronunciado contra Prédalgonde.

— Bastante he tenido que luchar para traerle á usted aquí; — repuso ella. — Hace quince días que está usted en París y es imposible arrancarle de allí. Ahora, sin embargo, está desierto...

— Desierto, esa es la palabra. No se ven más que extranjeros y provincianos... Pero había en el círculo una banca muy buena...

— ¡Siempre el juego!

— ¡Me lo prohíbe usted todo! — exclamó él alegremente; — ¡entonces, al claustro!

Ella le miraba, entristecida. Él afectó un aire grave:

— Vaya, la voy á tranquilizar á usted. El mes próximo saldré para Marsella, en donde pienso embarcarme en mi yate, para hacer una correría por las costas de Egipto. Allí estaré completamente solo, entre el cielo y el mar, y no tendrá usted motivos para estar celosa

Aquella noticia acabó de desconcertar á la pobre mujer. La sangre arreboló sus mejillas, su corazón palpitó violentamente y repuso con voz ahogada:

— ¿Y yo, en ese tiempo; y yo?

Tenía la vista muy nublada y no pudo ver la sonrisa burlona que jugueteó en los labios de Roger. ¡Ah! ¡Qué revelación y qué enseñanzas tan crueles se encerraban en aquella insolente y sarcástica sonrisa!... En aquel momento Elisa pudo leer en el alma de aquél que la tiranizaba. Pero para ello era preciso no tener los ojos llenos de lágrimas.

— Querida amiga, — repuso Prédalgonde, — se habla demasiado de nosotros, desde hace algún tiempo, y es oportuno desarmar á los maldicientes con nuestra prudencia. Debemos separarnos durante varias semanas. La intimidad en que vivimos, que unos me reprochan y que otros explotan en perjuicio de usted, acabaría á la larga por colocarnos, á usted y á mí, en una situación difícil. Y, por mucha práctica que tengamos del mundo, tal vez nos diera qué sentir el, «se dice»...

— ¡Ay, ahora no es tiempo de hacer esas reflexiones!

— interrumpió la señora de Diernstein con arrebató;

— ya es tarde. Antes usted me suplicaba, me perseguía, y todas las opiniones del mundo no valían, según usted aseguraba, uno de mis caprichos... ¡Ah, todo ha cambiado! ¡Y si usted quiere irse solo, es porque ya no me ama!...

Prédalgonde se apresuró en responder :

— Usted bien sabe que todo eso que dice es falso, y que yo la amo como usted se merece. Por lo mismo aquilato mi cariño y no quiero que redunde en perjuicio de usted. ¡ Reflexione usted un poco ! Si me quedo aquí, ya no nos separamos, y entonces nuestro amancebamiento se hace público y notorio. Usted no ignora lo que se murmura, su mismo hijo le ha regalado á usted los oídos con algunos ecos... ¡ Oh, vivir al lado de usted es un sueño !... ¡ Pero un sueño imposible, inadmisible, irrealizable !...

— ¿ Por qué ? Si la situación es difícil aquí, en otro punto cualquiera será más soportable. Váyase usted y espéreme en Brindisi, allí le alcanzaré yo. Y después, en la mar, lejos de todo, viviendo días enteros el uno en brazos del otro, seremos felices.....

— Usted no medita lo que dice, Elisa. Los periódicos sabrían en seguida la noticia de nuestra fuga, y la publicarían sin ambages... El escándalo sería completo. ¡ No ! Nosotros somos extranjeros el uno para el otro, vivimos separados y sólo nos podremos reunir de tarde en tarde... ¡ Ah, qué mal hecha está la vida !...

Calló. Había colocado la entrevista en el punto exacto en que la duquesa podía modificar la situación instantáneamente y con una sola palabra. Roger había dicho : « La vida está mal hecha. » La respuesta que él esperaba de los labios de su querida era ésta :

« Rehagámosla. » Él, relampagueante de ardor de fé y de ternura, exclamaría : « Sea usted mi mujer »... Y en un arrebató de pasión, y favorecido por el aguijón de la necesidad y de los celos, triunfaba obteniendo aquel resultado tan hábilmente buscado. Algunas semanas menos, antes de la visita de su hijo, la duquesa no hubiera dudado. Pero entonces estaba desconfiada, tenía miedo. Su amor continuaba siendo tenaz y violento, pero ya no se dejaba arrastrar por él, quería conducirlo.

Roger, cual si leyese en el pensamiento de la duquesa, se daba cuenta de sus inquietudes y precauciones. Era la primera vez que la veía dudar con él, y experimentó un amargo desconsuelo, comprendiendo que su influencia ya era nula sobre aquella mujer que había esclavizado.

Se acusó de haberla dejado entregada á sí misma durante mucho tiempo, resolvióse á reconquistarla, y cambió inmediatamente los rasgos fríos de su semblante mostrándose cariñoso y riante :

— Cuando yo vuelva todo nos parecerá más agradable y más dulce, mi bella Elisa. Creeremos que empieza para nosotros una nueva luna de miel. ¿ Son mucho dos meses para desarmar los odios y los celos?... Usted tendrá juicio y resignación para esperar, y yo volveré á usted vivificado por la tranquila existencia de á bordo.... Habiendo dado estas

buenas pruebas á la opinión, ya tendremos derecho para no volver á separarnos....

— Pero habrán pasado dos meses — dijo la duquesa tristemente

— ¿ Qué quiere decir eso ?

Ella repuso, pensando en su vejez inminente :

— ¡ Eso es todo !

Fueron interrumpidos y pasó la primera parte de aquel combate peligroso en el cual, uno perseguía á la fortuna y el otro al amor.

La señora de Diernstein quería reflexionar, estudiar el problema planteado con Prédalgonde con tanto atrevimiento, y ver qué resolución debería adoptar. Pensaba meditar en ello en cuanto estuviese sola, aquella misma tarde. Pero los acontecimientos iban más de prisa de lo que creía, y ya su libertad de acción estaba gravemente comprometida.

Hacia dos días que el señor y la señorita Maréchal estaban instalados en Champchevrier. El senador y su hija habían sido invitados y aceptaron inmediatamente, anticipándose á Prédalgonde. El señor Maréchal pasó venticuatro horas en compañía de la duquesa, y después salió para sus fábricas azucareras del Norte, prometiendo volver después á recoger á su hija. Ésta, por su parte, no hizo nada por retener á su padre.

El castillo estaba lleno de gente. La señora de Sauvelys había llegado al mismo tiempo que su

amiga, y en los alrededores vivían también muchas personas conocidas. Pero lo que más le preocupaba á Luciana era la llegada de Prédalgonde, y en cuanto la anunciaron, se sintió presa de una dolorosa sobreexcitación nerviosa.

Entretúvose en cansar á la señora de Sauvelys, obligándola á pasear por los bosques de Meaux en un cochecillo inglés : aburrió al poeta mundano Pedro Sauval, haciéndole rimar sonetos á propósito de todo y de nada : se guardó en el bolsillo la llave del piano, para no dejarle ejecutar nada al compositor de música Martinetti; é hizo rabiar á todos los huéspedes de la duquesa, mostrándose más fantástica, burlona y voluntariosa que nunca.

La llegada del marqués la calmó como por ensalmo y sus aficiones cambiaron bruscamente. No quería pasear y permanecía silenciosa. Observaba.

La primera noche, contra su costumbre, estuvo muy amable con Roger. Le acribilló intencionadamente con sus epigramas, y eran necesarios toda la sangre fría y el descoco del Rey de París, para no desconcertarse ante los bruscos ataques de la muchacha. Todos conocían la hostilidad que mediaba entre ambos, y cuando les veían reunidos los circunstantes siempre esperaban con maliciosa curiosidad las escaramuzas que inmediatamente se entablaban entre ellos. Era divertido oír las salidas y las respuestas de Prédalgonde, que era habilísimo en este género

de esgrima mundana. La reputación de su ingenio provenía, en gran parte, de sus diálogos con la señorita Maréchal; pero la duquesa conocía tan bien la antipatía crónica que mediaba entre su amiga y Roger, que no hubiese tenido inconveniente en dejarles á solas un día entero. No hubiera hecho, ciertamente, otro tanto, con cualquiera otra mujer.

La comida reunió á todos los huéspedes de Champchevrier. Devienne había venido á cazar con los dos barones de Boistiers y Miguel Préval; tres grandes tiradores que desde luego prometían matar buenas presas. La hermosa señora Oppenheimer, ostentaba sus encantos, un tanto maduros, de judía guapa; y su marido, el conde, procuraba encubrir su jerga alemana con su afectada elegancia parisina. Devienne, siempre bromista, á pesar del Instituto y de la cruz de comendador, se divertía, imitando el acento del banquero é incitándole á hablar, de lo cual resultaba un verdadero sainete; también hacía caricaturas de Oppenheimer, con explicaciones ilegibles. El opulento aficionado cogía tranquilamente los dibujos y los estrujaba, diciendo:

— ¡ Las ocupaciones de Devienne son muy originales! Y esto vale dinero... ¿ Se hace tal vez por cuenta mía?...

— Otra de las rarezas de usted, — respondía

Devienne; — usted no se deja « hacer » con esa facilidad.... (1).

El conde sabía que aquella no era la última broma y se echaba á reír, sacudiendo su pesada cabeza, como un buey atormentado por las moscas.

Después de la comida, que estuvo muy bien servida en el comedor estilo Luis XV, decorado con tapices copias de Wateau, los convidados se reunieron en el saloncito contiguo á la sala de billar en que los hombres fumaban. Este era el modo de estar todos juntos sin que el tabaco incomodase demasiado á las amigas de la duquesa. Prédalgonde, parado delante de la chimenea, lucía su esbelto talle ceñido por un traje de corte nuevo, con las mangas muy estrechas, el cuello de seda y alto, y los faldones redondos; forma peligrosa para otro hombre cualquiera, y que avaloraba la gallardía de su cuello y la anchura de sus espaldas. Tenía los rubios cabellos ensortijados y hábilmente peinados, de modo que formasen dos ondas á cada lado de la cabeza. Su frente, alta y blanca, parecía iluminada por sus ojos rasgados. Mirando aquella arrogante apostura varonil, sentía la duquesa que la angustia le oprimía el corazón. Nunca le había parecido tan seductor, ni jamás temió tanto por su pasión. La señora Oppenheimer

(1) Como se supone que Oppenheimer habla muy mal el francés, hay aquí un juego de palabras que es imposible traducir con exactitud al castellano.

hablaba inclinándose hacia el gallardo joven, pero él la escuchaba con aire distraído. Su pensamiento estaba en otra parte. ¿Dónde? ¿Qué visión melancólica entristecía su mirada? Porque tenía trazas de estar triste y cansado. ¿Sería la entrevista con Elisa la que entenebreció el espíritu de Roger? Y si ella así lo comprendía, cómo se alegraría de verle sufrir, y cómo le recompensaría después su fidelidad y le curaría de su dolor.

La voz cortante de Luciana, rompió el hechizo:

— ¿En qué piensa usted, señor de Prédalgonde?

— preguntó bruscamente; — ¿está usted poniendo para Devienne?

— No, señorita: por ahora Oppenheimer es el modelo favorito de nuestro gran artista. Yo estaba escuchando, sencillamente, á la condesa, que me daba algunas indicaciones para mi viaje á Oriente....

— Es verdad, condesa, usted ha nacido en Smyrna.

Nada desagradaba tanto á la hermosa señora Oppenheimer, como que la recordasen su origen levantino, y fingió no haber comprendido.

— ¿Entonces va usted á navegar por las costas Africanas? Eso es muy interesante. ¿Á quién lleva usted á bordo?

— Á usted, si quiere.

— ¡Cómo se aburriría usted, si yo aceptase!

— No, por cierto; la llevaría á usted á donde usted quisiese. Usted sería capitana del buque.

— ¿Y qué iba á hacer embarcada?

— Ver nuevas tierras.

— Cada cual esperaba la frase aguda con que terminaban generalmente las conversaciones entre Prédalgonde y Luciana, pero el chiste no salió, quedando reemplazado por una graciosa sonrisa. La señorita Maréchal se levantó y dijo señalando hacia una mesa que estaba preparada en un extremo del salón.

— ¡Hola, gran jugador! ¿Quiere usted que procure ganarle todo su dinero?

— Como usted guste.

— Eso, si puedo, porque tengo entendido que es usted un hombre invencible con los naipes en la mano.

Sentáronse el uno enfrente del otro, con gran sorpresa de la señora Diernstein, y comenzaron una partida de *écarté* mientras seguían hablando con exquisita familiaridad. Prédalgonde, aprovechándose de aquel agasajo desusado, se mostraba sencillo y buen muchacho. Luciana derrochaba su ingenio, y parecía muy alegre del juego y de la conversación. Más de una hora estuvieron sentados en la mesa de juego. Al fin, la señorita Maréchal se levantó.

— Creo que no puede usted conmigo, — dijo; — le he ganado cincuenta luses. Le ofrezco á usted el desquite al billar.

Prédalgonde se echó á reír: BIBLIOTECA UNIV.

"ALFONSO KELLS"

Edif. 1625 MONTERREY, MEXICO

— ¿Qué ventaja me da usted?

— Ninguna. Quiero sacarle á usted esta noche del bolsillo, lo suficiente para sostener una cama en un hospital.

— ¿Cama que reservará usted para mí, cuando me haya arruinado?

Pasaron á la sala de billar.

La señora de Diernstein y sus amigos lessiguieron, llenos de curiosidad.

La señora de Sauvelys asistía entristecida á los manejos de Luciana, cuyas intenciones conocía. Aquella nueva táctica adoptada por la joven para con Prédalgonde, á quien hasta entonces había tratado con perfecto desdén, era la consecuencia indudable de la promesa hecha á Hiénard. La atrevida muchacha, segura de sí misma, entraba en liza atacando directamente al temible adversario. En el ánimo de la baronesa luchaban su amistad hacia la señorita Maréchal y su cariño por Prédalgonde, y temía el combate tanto por la una como por el otro. La temeridad de Luciana le inspiraba temores por aquel Roger, tan culpable, pero á quien perdonaban y redimían los restos de su antiguo amor: y la egoísta insensibilidad de Prédalgonde la hacía temblar por su amiga.

¿De qué no sería capaz si se viese chasqueado por la joven? En su conquista por la fortuna, que constituía una verdadera lucha por la vida, no era hombre

que se detuviese por una razón sentimental. Si se creía amenazado ó comprometido, caso muy probable, sería implacable y heriría en el corazón, aunque fuese á una mujer.

Ella ya le había dicho á Luciana cuanto creyó oportuno para disuadirla de su empeño; había llegado al último límite de las confidencias, dejándola entrever como en el fondo de un pozo oscuro y profundo que se destapa, algo de los misteriosos principios de la vida del Rey de París; y había bajado la voz para asegurarla que era peligroso amenazar al apuesto Prédalgonde. Pero Luciana la oyó con una tranquilidad burlesca, declarando que no tenía la menor inquietud.

Y, en efecto, ¿qué podía temer la hija del rico Maréchal? ¿En dónde se la podía herir más que en su carne?... Y por eso ella se mofaba con sarcasmos crueles:

— ¿Vuestro Roger, querida mía, es un bandido? ¿Me asesinará? ¿Sobornará á mis criados para robarme y encerrarme en algún sitio ignorado? ¿Me meterá en su buque para venderme después á los berberiscos? Pero yo estoy muy delgada, y no sirvo para el serrallo...

La señora de Sauvelys, bajaba la cabeza, suplicando á su amiga que tuviese juicio, que no se mezclase en lo que no le interesaba, y que renunciase al vano proyecto de corregir las costumbres. ¡Ruegos,

inútiles! Nada podía apartar á Luciana de su resolución. Aún quedaba un medio : prevenir á Roger del lazo que se le preparaba. ¿ Pero no era esto traicionar á la imprudente ? Y callarse, ¿ no era entregar indefenso al aventurero ?... La baronesa no sabía por quién decidirse, y ya, ante sus propios ojos, empezaba la escaramuza con las imprevistas coqueterías de Luciana, inexplicables para todo el mundo, menos para ella.

— Marqués, tengo treinta tantos, — gritó la señorita Maréchal apuntándose los.

— Y yo, señorita, tengo treinta y cinco.

— ¡ Vamos allá ; el último esfuerzo !

Continuaron la partida con nuevo ahinco, empujando las bolas, haciendo sin preocuparse del público, todo cuanto podían por triunfar. El resultado de la lucha interesó á los mismos fumadores que dejaron de hablar de cacerías y seguían atentamente las alternativas de aquel combate encarnizado, que de pronto, sobrepujaba las proporciones de un simple *match* de billar, y parecía encarnar dos orgullos, dos odios. Los adversarios, no obstante, se sonreían, y nunca se habían mostrado tan amigos. Prédalgonde dió una última tacada brillante, y se volvió graciosamente hacia la señorita Maréchal, diciendo .

— Señorita, estamos en paz.

Y Luciana repuso con marcada intención devolviéndole el taco con que había jugado.

— Rindo las armas.

Se pusieron á hablar animados por la apuesta, y para estar más á gusto se sentaron sobre un diván, en un ángulo del salón. Charlaban con calor, casi con placer ; fenómeno maravilloso porque sus temperamentos, hasta entonces, parecieron antagónicos. Y todos se admiraron cuando llegó la hora de separarse y oyeron que la señorita Maréchal decía en alta voz :

— ¡ Esta noche el señor de Prédalgonde ha estado encantador. Buen muchacho, sencillo y agradabilísimo !

Estos elogios iban dirigidos á la señora de Diernstein, y, sin embargo, no fueron de su agrado. Inconscientemente, en el fondo de sí misma, había encontrado á Luciana muy incitante y á Roger muy expresivo. Al día siguiente, á las once, los cazadores se presentaron en el comedor vestidos con los trajes de caza, los gruesos zapatones, las polainas de lana de Escocia, y el gorro de piel de vaca curtida ó el sombrerito rodeado de terciopelo gris. La señorita Maréchal tuvo el inesperado capricho de querer ir en la partida. Desde muy temprano mandó á buscar su fusil á París, lo que probaba claramente que su proyecto databa de la víspera. Generalmente sólo cazaba en sus propiedades y entre muy pocos amigos. Estaba vestida con un elegante traje de ciclista, de vellorí, con un sombrerillo redondo y una falda

corta que dejaba al descubierto sus menudos pies y sus piernas bien formadas.

— Estoy deseando ver, — dijo — si el señor de Prédalgonde me vence hoy como me venció ayer. Él tira bien, pero yo quiero tirar mejor que él.

— ¿Entonces, se trata también de un lance convenido? — preguntó la duquesa con una sonrisa forzada.

— Nopor cierto, — repuso Roger, — nosospechaba yo que la señorita Maréchal me fuese á desafiár. Pero recojo el guante, y los gastos de la guerra los pagarán los faisanes y los conejos.

— ¿Nos acompañará usted, duquesa? — preguntó Luciana.

— Yo iré solamente á llevarles á ustedes de comer, pero estos señores les servirán á ustedes de escuderos.

— ¡Oh, ya lo creo!

Prédalgonde, frío como siempre, comía con apetito mientras reflexionaba en la nueva situación provocada por la conducta de la señorita Maréchal, porque era innegable que el carácter de la joven había cambiado repentinamente. En todo, en sus actitudes, en su modo de hablar, en el afán con que buscaba su sociedad, en la insistencia que ponía en preferirle á los demás hombres presentes, en todo había una intención marcada de agradarle que no podía menos de preocupar su atención. Pero era preciso estudiar

este enigma y hallar la clave, antes de decidirse á tomar ninguna determinación.

Roger era demasiado lince para creer que Luciana le buscase sin segunda intención, y demasiado calculador para no medir todo el alcance de aquel enredo; pero al mismo tiempo era lo bastante vanidoso para presumir que la riquísima heredera se había enamorado de él; y su osadía y sus muchas aventuras amorosas le confirmaban en la conjetura de haber agradao á la señorita Maréchal. Y pensaba mientras atendía distraídamente á las vulgares conversaciones entabladas alrededor de la mesa: ¿Qué partido podría sacar yo de un capricho de Luciana? Lo menos que conseguiría es exaltar hasta el extremo los celos arrebatados de la duquesa. ¿Merced á esta lucha, tendré alguna ocasión de ganar más terreno? ¡Oh! ponerlas á las dos frente á frente, y decidirme por la que mejor me convenga. Este sería el golpe magistral que busco. ¡El hermosísimo « pároli!... » De todos modos si esta niña antojadiza no tiene más que un capricho pasajero, podré utilizarle para obligar á la duquesa á dar el gran brinco. Sin embargo, un enredo con Luciana concluiría fatalmente en matrimonio, y ese sería un buen triunfo. Es joven, es rica, su padre es poderoso... No podrían decir que me casaba únicamente por dinero, nadie se burlaría de la edad de mi mujer, y más rica que la duquesa; sí, ciertamente, más rica. Eso, sin contar que no tendría

que habérmelas con ese pazguato de Hiénard, que es, realmente, un hijastro demasiado talludito para mí. ¿Pero será sincera Luciana? ¿Por qué ha cambiado tan bruscamente su conducta hacia mí? ¿Á qué obedece el que habiéndome tratado siempre con dureza y hasta con desprecio, ahora se acerca y se roza conmigo como una gata enamorada?

Su malicia estaba bien despierta, pero la aventura era tan halagüeña, y concurrían tantos detalles seductores para deslumbrar su vanidad, que insensiblemente fué deponiendo sus hostiles sóspechas, y dejándose encarrilar en el camino por donde Luciana quería conducirlo. Durante el almuerzo estuvieron separados, y el semblante inalterable de Prédalgonde no ofrecía nada que pudiese alarmar á la duquesa. Elisa se fué calmando poco á poco, y cuando llegó el momento de marchar se acercó á Roger hablándole dulcemente, sintiendo la necesidad de reanimarle, de encadenarle: y le encontró muy tranquilo, muy carantoñero, muy sonriente, fingiendo á maravilla, y prodigándole sus caricias en el instante mismo en que calculaba las ventajas que podría obtener traicionándola.

Subió sobre el elevado asiento del *breack* de cuatro caballos que llevaba á los cazadores á la cita de la primera batida, y á una señal del espolique que estaba sentado á su lado, el grande y pesado vehículo empezó á rodar sobre la arena del jardín.

La duquesa se quedó sola con la señora de Oppenheimer y la baronesa de Sauvelys. La hermosa judía se fué en seguida á su habitación á dormir la siesta, costumbre oriental á la que no había podido renunciar, y que causaba las deformaciones de su talle y la gordura excesiva de su rostro. Elisa se quedó sola con la joven de cuya amistad hacia Prédalgonde había sospechado tantas veces y siempre en mal sentido, y procuró arrancarla algunos informes relativos á los proyectos de la señorita Maréchal.

Bajaron lentamente al borde del estanque, pisando las hojas cobrizas caídas de los árboles y que se quebraban bajo sus pies. Los cisnes melancólicos nadaban sobre las aguas frías y limpias, siguiendo á las paseantas, esperando la comida á que estaban acostumbrados. Al fin, la señora de Diernstein, rompió el silencio:

— ¿No encuentra usted á Luciana muy cambiada desde hace algún tiempo? Me parece que está agitada, febril. Su padre, sin embargo, no se halla aquí para alterarla los nervios... ¿Qué motivos tiene para estar así?

— Ninguno, que yo sepa.

Continuaron andando y en el gran silencio del bosque, resonaron á bastante distancia las primeras detonaciones de la batida que había comenzado. La duquesa aplicó el oído y luego exclamó moviendo la cabeza:

— Ella caza aquí, cosa que nunca ha hecho hasta hoy... ¿Cómo explica usted ese capricho?

— Yo no explico un capricho, me limito á constatarlo.

— En una muchacha tan inteligente como Luciana, no hay acción sin causa. ¿Ha advertido usted sus coqueterías con el señor de Prédalgonde?...

— Ha estado menos desagradable que otras veces.

— Diga usted amable y hasta provocativa. Realmente se le ha estado metiendo por los ojos...

La señora de Sauvelys miró fijamente á la duquesa.

— ¿Entonces, qué sospecha usted?

— ¡Toma!... ¿Qué sabe uno cuando se trata de una excéntrica semejante?

— De lo que podemos estar seguras es de que no hará nada que sea indigno de sí misma.

— ¡Oh, la quiere usted mucho!

— Y aun la conozco mejor.

— ¿Si la conoce usted tan á fondo, la cree usted capaz de casarse con Prédalgonde?

— ¡Por vida mía, duquesa. — repuso vivamente la señora de Sauvelys, — pregúnteselo á ella, porque yo no conozco sus secretos!...

— Usted ama á Luciana, pero también ama á Roger... y no querría usted que le sucediese nada malo...

Ante aquella pregunta angustiada, la señora de Sauvelys bajó los ojos y dió algunos pasos sin res-

ponder. Luego dijo con voz apagada y sin mirar á la duquesa:

— Yo haría, en efecto, mucho por que no le sucediese nada desagradable, pero no veo que la conducta de la señorita Maréchal puede amenazarle.

— ¡Ah, usted está mejor informada de lo que parece, — exclamó la señora de Diernstein palideciendo. — Aquí hay un complot para destruir mi felicidad y mi vida... Usted lo conoce y me sacrifica sin vacilar á la ambición de un ingrato y á las veleidades de una coqueta... Pero usted prefiere á Prédalgonde, yo se lo aseguro... Esa Luciana, que es loca, le comprometerá y luego le dará de lado como ya ha hecho con tantos otros que la cortejaron atraídos por su riqueza... Porque su dinero es lo único que les seduce... La naturaleza la ha favorecido tan poco, es tan poquita cosa para inspirar amor... ¡Pero, qué voluptuoso deleite encuentra esa feucha en atormentar á un espíritu verdaderamente apasionado! ¿No me comprende usted? ¿Es usted una mujer insensible?... Yo, aunque hiciese diez años que Roger me hubiese abandonado, seguiría teniendo celos de él. ¡Creo que en la misma tumba continuaré llorando la desgracia de haberle perdido!

La señora de Sauvelys clavó sus hermosos ojos en la desgraciada Elisa y dijo gravemente:

— Es porque vuestro amor es egoísta. Usted sólo procura su felicidad, y no la del ser querido. Y,

crea usted, que es poco meritorio quererlo todo para sí misma. El único placer del amor, es el sacrificio.

La señora de Diernstein sonrió tristemente :

— Y en virtud de esa filosofía sentimental usted me aconsejará que asista tranquilamente á la traición del hombre que adoro. Yo, ¡ no!... no lo espere usted... Si me veo amenazada, lucharé, desplegando todos mis recursos y todas mis fuerzas.

La señora de Sauvelys sintió una profunda piedad hacia aquella pobre mujer angustiada, y hubiese deseado poderle gritar : « Sepárese usted de Roger, arránquese usted ese amor del corazón, aunque sea á costa de un sufrimiento terrible. Esa es la salvación y el dulce sosiego de vuestra vejez. Evite usted ese combate que medita, porque todos los golpes los recibirá usted en el alma; huya usted y refúgiense en el silencio y en la dulce tranquilidad del abandono, y así evitará usted las atroces violencias de un rompimiento desesperado »...

Pero decir esto era descubrir el plan de Luciana, traicionar á Hiénard y perder á la misma señora de Diernstein. ¿ Y por quién? Por aquel á quien hubiese deseado librar de este terrible enredo, redimirle de sus errores, purificarle de toda corrupción y verle tan noble y tan honrado, como elegante y seductor. Ella había dudado mucho tiempo pensando en la posibilidad de realizar esta empresa; y luego, en aquella hora crítica en que las voluntades compro-

metidas chocaban entre sí con tanta dureza, vacilaba considerando los escollos insuperables que circuían la situación por todas partes. Sin embargo, una entrevista entre la señorita Maréchal y la señora Diernstein, podía determinar alguna tregua, y esta reflexión la decidió á hablar :

— Puesto que tiene usted esas inquietudes, — dijo — ¿ por qué no habla usted con Luciana? Á su edad y con su educación, puede oirlo todo.

— Como puede atreverse á todo, — agregó con ira la duquesa : — pierda usted cuidado, la interrogaré...

— Pero, con prudencia... No olvide usted que es un corazón altanero y que la quiere á usted...

— ¡ Y lo demuestra!

— Tal vez, más de lo que usted imagina.

La señora de Diernstein se estremeció y repuso con vehemencia :

— ¡ Oh! estoy segura de que usted sabe más de lo que me dice. Hable usted; manifiéstese usted, una vez siquiera, tal como es, criatura indescifrable... ¿ Por quién está usted en esta lucha? ¿ Por ella, ó por mí?

— ¡ Por él!

La duquesa levantó la cabeza con altivez y luego dijo con mucha calma :

— ¡ Está bien; me defenderé yo sola!

Su paseo les había conducido delante del castillo.

y la duquesa saludó con la mano á la señora de Sauvelys, atravesó el jardín y entró en sus habitaciones.

Á la caída de la tarde regresaron los cazadores al castillo. Roger, sentado sobre el alto asiento del *break*, conducía á los cuatro trotones con fuerza y elegancia inimitables. Hizo dar al vehículo una vuelta por el patio y se detuvo delante de la escalinata del hotel. En un ángulo y vigiladas por un guarda, se hallaban las piezas muertas en la primera batida, y que los criados habían ido trayendo: todas estaban extendidas sobre el suelo, formando un cuadro admirable en el cual se destacaban el oro brillante y verde oscuro de los faisanes, la piel gris plateada de los conejos y los tonos ardientes de los flancos rojizos de las liebres. También había tres corzos, con sus hocicos negros y relucientes cubiertos de sangre, extendiendo sus miembros, que aún se conservaban graciosos á pesar de la rigidez de la muerte.

— ¡ Buena caza! — dijo Luciana á la señora de Diernstein que lo presenciaba todo desde una de las ventanas del piso bajo.

— Y admirable jornada, — añadió Prédalgonde.

El anciano conde de Boutefflers, que había acudido expresamente para la cacería y que en aquel momento estaba saludando á la duquesa, se volvió hacia la señorita Maréchal y dijo con su gracejo de viejo corrido:

— No podía esperarse otra cosa, estando Diana con nosotros.

— Á propósito de ese madrigal, — repuso Luciana alegremente, — vamos á tomar una taza de té.

Por la noche, después de comer, cuando Prédalgonde, que ya usaba libremente de la familiaridad que la señorita Maréchal le había concedido, se disponía á reanudar con ella y á solas, el juego de la vispera, la señora de Diernstein, mediante un pretexto hábilmente buscado, logró aislar á la joven y retenerla á su lado en el salón. Sus invitados estaban en la sala de billar, organizando un partido de *barraque*, Roger advirtió la maniobra de la duquesa y no se opuso; esperaba grandes resultados de la hostilidad entre aquellas dos mujeres, y deseaba que chocasen cuanto antes. Á su juicio, cualquier encuentro le sería favorable, puesto que serviría para alejar á la señorita Maréchal de la señora de Diernstein. Una riña en que estuviesen interesadas las vanidades y las pasiones de las dos, podía reportarle inmensos beneficios, y se preparaba á explotar el conflicto y á coronar vencedora á aquella que le pareciese digna de la victoria. Y mientras se trababa aquel combate, jugaba alegremente al billar con otros convidados, fingiéndose inconsciente de todo.

En el salón quedaban la duquesa y Luciana, sentadas en sus sillones, junto al fuego, observándose y sin hablar. Ambas tenían la certidumbre de que de

aquel silencio iba á surgir bruscamente un relámpago que iluminaría la situación. Elisa temblaba ante la idea de que tres palabras podían romperla irremediamente el corazón, y retardaba el temido instante en que debía de escucharlas. Luciana, llena de tristeza al verse obligada á representar una comedia delante de aquella tierna mujer á quien amaba y á quien compadecía, no se sentía dispuesta á bromejar lanzando los desplantes mordaces hijos de su misantropía. Conocía demasiado bien la sinceridad de aquel amor que iba á lastimar, para que no procurase aminorar el golpe hasta el último extremo. Al fin, la duquesa habló, no pudiendo resistir más tiempo aquella situación :

— Luciana, — dijo, — ¿ se está usted volviendo coqueta? Porque usted, á quien siempre vi despreciar las pequeñeces femeninas, ahora coquetea y parece divertirse con ese juego.

— ¿ Y, á qué viene eso? — preguntó la joven riendo.

— Á propósito de vuestras recientes indulgencias con el señor de Prédalgonde ¿ Le parece á usted ahora mejor que antes?

— No se lo niego á usted.

— Mucho tiempo ha tardado usted en estimarle.

— Las simpatías razonadas son las más duraderas.

— ¿ Tiene usted intención de prolongarlas?

— ¿ Y, por qué no, si nada se opone?

Las dos se contuvieron, asustadas del largo camino que acababan de recorrer tan pronto. Habían cambiado seis frases, rápidas y precisas como estocadas, y ya habían llegado á las palabras decisivas. El espanto se pintó en los ojos de la duquesa ante aquella valiente confesión de la señorita Maréchal, que desgarraba los velos que cubrían el porvenir. Roger podía escapársela, se lo decían, ella acababa de oirlo, y en el colmo de la estupefacción buscaba un medio para retenerle. Luego balbuceó :

— No conoce usted, en efecto, ningún obstáculo. ¿ No hay ninguno? ¿ Roger es libre?

La señorita Maréchal miró á la pobre mujer como para dulzurar el efecto de aquellas palabras terribles, y respondió :

— Si el señor de Prédalgonde no es libre, eso depende de su voluntad y solo él lo puede decidir.

— ¡ Solo él! — gritó la señora de Diernstein no pudiendo disimular más tiempo; — ¡ y si es ingrato y traidor y cobarde! ¿ Usted le anima á ello? Si él rompe los lazos más fuertes, los compromisos más irrevocables, usted, prevenida como está por mí en este momento, sería capaz de incitarle á la ingratitud, á la traición y á la cobardía? ¡ Entonces sería usted su cómplice! Ya no es posible dudar, todo está claro. He querido que sepa usted á dondè va. Roger no es libre; no puede serlo, no debe serlo. ¡ Me

pertenece, y aceptarlo cuando él se ofrece, es robármelo!

Sus ojos brillaban de cólera y sus labios temblaban de dolor. Era la apasionada capaz de bravearlo todo por conservar su dicha. Luciana estaba afligida, pero tenía demasiado valor para no seguir su empresa hasta el fin, y respondió con sosiego:

— Si quiere ser traidor, nada podrá impedirselo; si ya no ama, nada podrá obligarle á seguir amando. ¿Y quiere usted retenerle á pesar suyo? ¿Desearía usted que la soportase por debilidad, por caridad ó por interés? En vez de revolverse contra la situación que la desespera, estúdiela usted serenamente y quizá recobre usted el buen juicio y la calma. En este momento parece que no ve usted más que una cosa: la separación cruel del señor de Prédalgonde. Aplíquese usted á estudiar, más bien, las causas originarias de ese cansancio, las razones determinantes de ese alejamiento; examine usted la conducta del hombre á quien quiere conservar á todo trance, y cuando haya reflexionado usted un poco, diga si ese hombre vale todo el dolor que le inspira, toda la desesparación que le causa.

La señora de Diernstein había escuchado con sorpresa creciente las palabras de la joven. Creía comprender lo que le decían, pero no quería admitirlo, y exclamó:

— ¡Luciana, eso que dice usted es más abominable

aún que lo que hace! Está usted columniando á aquel que yo le disputo, como para envenenar mi victoria si acaso la venciese á usted. ¿Qué terrible farsa está usted representando en este momento?

— Yo no represento ninguna farsa. Soy sincera y nada más. El señor de Prédalgonde se separa de usted y se acerca á mí. ¿Quiere usted que le rechace para que vuelva á usted? ¿Tendría usted tan poca altivez? ¿Ó le cree usted capaz de buscarme únicamente por mi dinero y de no cortejarme por amor? Si así es, le debe parecer á usted tan despreciable que su cariño no podrá calmar las repugnancias de nuestro corazón.

— ¡Ah! todos esos razonamientos de joven fría y juiciosa, me parecen incomprensibles. Puede ser abominable; ¿dejaría por eso de quererle menos? Le amo; esto lo dice todo, lo explica todo, me hace aceptarlo todo.

— ¿Hasta los abandonos más cobardes y las traiciones más humillantes y la venta innoble de ese caballero que aquilata nuestras dos fortunas preguntándose cuál de las dos le será más ventajosa?

Luciana había cogido á la duquesa por el brazo y acercándola á ella, fuerte, enérgica, viril, mirándola fijamente á los ojos y hablando muy bajo cual si temiese que la escuchasen:

— ¿Me comprende usted al fin? En estos momentos nos compara á las dos, y sólo espera un gesto mío

para abandonaros y venir á echarse á mis pies, porque yo soy más rica que usted. ¿ Es usted una verdadera mujer ? ¿ Quiere usted hacer la prueba ? Si yo le cautivo, como una mariposa cogida entre dos dedos y si le ve usted dispuesto á casarse conmigo á despecho de todos los juramentos que le haya hecho á usted, ¿ llegaría usted á conocerle y sería usted capaz de continuar llorando su pérdida ? ¡ Vamos ! No tengamos miedo de abrir los ojos á la luz. Mire usted al señor cómo representa su comedia, examínele y después de bien juzgado, puede usted aplaudirle ó silbarle á su antojo.

La duquesa se defendía aún contra la presión de aquella enérgica voluntad que la dominaba :

— ¡ Ah ! usted me engaña, quiere usted sembrar la duda en mi pensamiento....

— ¡ No, le he dicho á usted la verdad ! Tal vez haya hecho mal confiándosela á usted tan pronto.... Debí tenerla á usted ignorante de todo, aunque tuviese que exponerme á las explosiones de su rencor, pero mi lealtad rechazaba este procedimiento... ¿ Será usted tan escrupulosa como yo ? ¿ Me da usted su palabra de no repetir ni una sola frase de las que acaba usted de oír ?

— Le doy á usted mi palabra.... Pero si él quiere desposarla, ¿ consentiría usted ?

Luciana tuvo un acceso de aquella risa desilusionada que le era habitual :

— ¡ Ah, ah !... ¿ Eso es lo que usted teme ? ¿ Sería usted capaz de aceptarle después que yo le hubiese

despachado y que él hubiera renegado de usted ? ¡ Ah loca, loca !...

Miró á la duquesa y añadió extendiendo el brazo con aire amenazador :

— ¡ Se lo enseñaré á usted tan envilecido, que no podrá usted perdonarle !

Luego se levantó, imponiendo con su firmeza á la señora de Diernstein.

— Ahora, — dijo — pásese usted el pañuelo por los ojos, recobre su sangre fría y vámonos con los convidados.

El señor de Prédalgonde es muy lince y puede desconfiar. La advierto á usted que dentro de un momento anunciaré que me vuelvo á París. No diga usted nada para retenerme.

— ¿ Y él, — balbuceó la duquesa — y él ?

— Esté usted tranquila, — dijo la señorita Maréchal ; — él es probable que me siga doce horas después. ¡ Vamos, valor y altanería ! ; En los mayores desastres es preciso salvar siempre el honor !

Ya de pie, se midieron por última vez con los ojos ; y en los de Elisa había tanta desesperación que Luciana no pudo menos de añadir :

— Después de todo, soy tan fea, que tal vez no me quiera ni por mi dinero. ¡ Entonces el triunfo será para usted !

Y volvieron juntas á la sala de billar, en donde los jugadores acababan alegremente su partida.